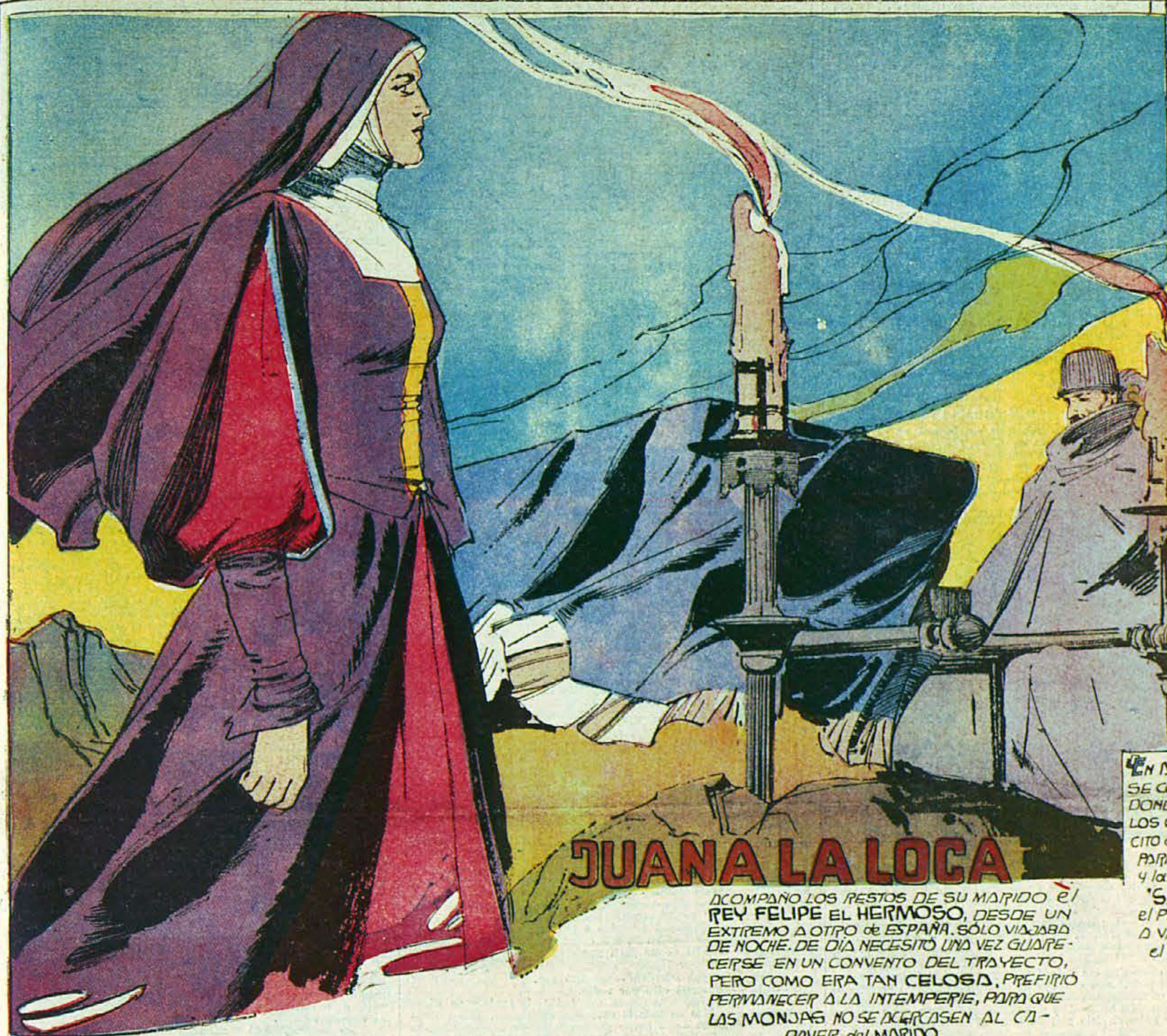


VISTO Y OIDO ★ Más Fuerte que el León y que el Tigre ★ por PREMIANI



JUANA LA LOCA

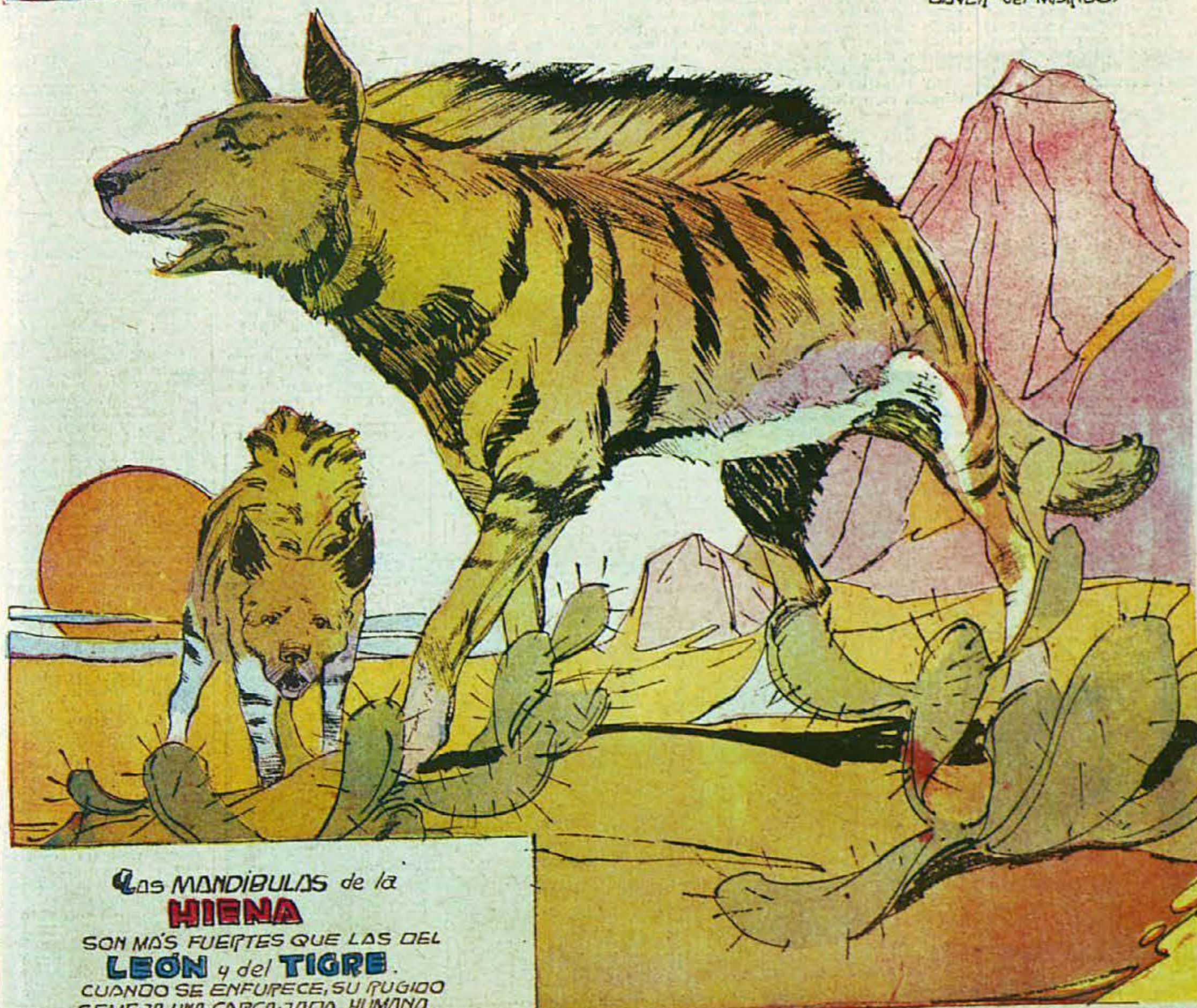
ACOMPANÓ LOS RESTOS DE SU MARIDO EL REY FELIPE EL HERMOSO, DESDE UN EXTREMO A OTRO DE ESPAÑA. SOLO VIAJABA DE NOCHE. DE DÍA NECESITÓ UNA VEZ GUARDARSE EN UN CONVENTO DEL TRAYECTO, PERO COMO ERA TAN CELOSOSA, PREFERIÓ PERMANECER A LA INTemperIE, PARA QUE LAS MONJAS NO SE ACERCASEN AL CA-DÁVER del MARIDO.



EN ALLURE, LA LLAMADA ALDEA ABANDONADA de NUEVA JERSEY, SE CONSERVA UN HORNO DONDE FUERON FUNDIDOS LOS CORONES DEL EJERCITO de WASHINGTON PARA LA REVOLUCION, y las CALDERAS del "SAVANNAH" el PRIMER BUQUE de VAPOR QUE CRUZÓ el ATLANTICO.



★
El MAESTRO ITALIANO **LUIS MANCINELLI** FUÉ EL PRIMER QUE DIRIGIÓ la ORQUESTA DEL ACTUAL TEATRO COLON de Bs. AIRES, INAGURANDO el 25 de MAYO de 1908.



Las **MANDIBULAS** de la **HIENA** SON MÁS FUERTES QUE LAS DEL **LEÓN** y del **TIGRE**. CUANDO SE ENFURECE, SU FUGIDO SEMEJA UNA CARCAJADA HUMANA.



La CUBA MÁS GRANDE DEL MUNDO es la FAMOSA de **HEIDELBERG**, CON CAPACIDAD PARA 212.422 LITROS. NUNCA SE PUDO LLENAR de TODO.

Porqué Callan

ES un miserable hospitalito de mujeres, sepultado en el centro de una antigua ciudad bengalí. En una salita privada hay un viejo canapé, y en él está recostada, con la cara hundida y gris de fatiga, la Dra. Juana Hancock, cirujana jefe. Después de una media noche y toda la mañana de intenso trabajo en operaciones o paradas anormales, con todo el cuerpo dolorido por el esfuerzo, trabaja de descansar, declararse por media hora, en silencio.

A su lado, en un banquito, estaba su correo recién llegado de Inglaterra, del que sólo tuvo ánimo para abrir la carta de su hermano, cuyo primer párrafo giraba en su cerebro cansado.

—¿Dónde está tu coraje, Juana? ¿Por qué no revelas al mundo los horrores que estás viendo? ¿Cómo puedes, día por día, presenciar las torturas de mujeres tan desamparadas — no, de niñas, niñas — esposas, pues tales son — y quedarte callada? ¿No es algo de cobardía de tu parte? ¿Por qué no demandas acción policial? ¿Por qué no interviene el gobierno británico, y barre esta monstruosa crueldad cubierta hace ya tanto por nuestra bandera?

Y Juana se contestaba con ternura que le suavizaba sus firmes labios grises: "Hermanita, inocente y segura en tu hogar, ¿cómo bendiga tu sencillo corazón!"

Pero aquí terminó la soledad. En la puerta apareció la cirujana ayudante, Ruth Knox, contrita y vergonzosa por molestarla; pero "una desesperada que usted ya salvó una vez, grita que usted la puede salvar ahora también. Algún miedo nuevo la aqueja. ¿Qué hay que hacer?"

—Mándela a mi consultorio, por supuesto; la veré allí — suspiró Juana, y se puso en pie pesadamente.

—Juana — dijo la joven, poniendo con afecto su mano en la espalda de su jefa —, aunque usted no quiera admitirlo, ya no puede más. Usted se destrozó contra este torrente de miseria que renace sin cesar. Dígame: ¿por qué nos contentamos con enjugar unas gotas en sus bordes?, que ésta es nuestra obra silenciosa. ¿Por qué no gritamos desde las azoteas al mundo entero, para despertarlo a los crimenes que vemos todos los días? ¿Por qué no forzamos al Gobierno, que intervienga?

Juana, ya en el umbral, vaciló en contestar.

—Yo también hablaba así, cuando era nueva en el país, como usted. Ahora, después de quince años de experiencia, veo el otro lado. No hay muros de piedra, ni barras de hierro más inexpugnables que los muros de miedos, de tradición, de ignorancia, hechos por sus propias ideas, hechos hasta de orgullo — ¡Dios las ayude! — ¡orgullo en la esclavitud!, con que se encierran estas mujeres hindúes, sin saber siquiera que hay cosas mejores en el mundo. No hay policía, ni gobierno, que por leyes o a la fuerza puedan aliviar esas prisiones, pues están basadas en su religión y por lo tanto son venerables, intangibles en sus propias mentes. Hasta que esta condición básica no cambie, todo lo que podemos hacer es enjugar unas gotas en los bordes del torrente, como usted dice.

—Pero, ¿vale la pena, entonces? — preguntó la joven, con amargura.

—¿Y usted se atrevería a detenerse, a dejarlas solas? — contestó la otra, y siguió su camino.

Tras ella entró al consultorio la postulante, una hindú con una niña. Juana reconoció en aquella una su paciente de hacía

más o menos diez años, a quien salvó en un parto difícil que la tuvo en larga convalecencia.

—¡Oh dicha, dicha!, la santa presencia me recuerda! — exclamó la mujer. — Sus manos benditas me sacaron una vez del tormento, me dieron esta niña! — y aquí la interrumpieron sollozos histéricos.

—¿Qué sucede?, ¿qué va mal? Cuéntame tú, chiquita — dijo con ternura Juana en el mismo idioma, y apartó el sari que le velaba.

Pero ver esa cara fue como un golpe en el pecho, a pesar de la larga experiencia. Tan pequeña, tan infantil, y empero tan madura por alguna sabiduría fuera de lo natural, tan hundida y tensa de inmediato miedo y de dolor físico.

—¿Qué te pasa, pues, chiquita? — repetía mecánicamente Juana, mirando la tragedia que se le revelaba, hasta que la madre halló palabras, al fin.

—Es su pequeñez lo que nos traza de desgracia. Todavía no le llegó la edad, pero su marido la exige ahora que vaya con él. Le vino el capricho que no puede esperar, y mañana se la llevamos. ¡Vea! Es el prestamista que vive allí, en la acera de enfrente. Es en esa casona mayor que las otras. Es un gran hombre violento, acostumbrado a que lo obedezcan y satisfagan. No pensamos que la llamara tan pronto. Es demasiado chica para él, aún. Seguro que la devolverá, lleno de rabia, y quedaremos con la vergüenza para siempre, ante todo el mundo.

La señorita doctora sabrá — seguía la madre, sin pausas — que ya nosotras mismas hemos hecho lo que podemos. La suegra empleó la plenitud de su experiencia, y el doctor hindú trabajó lo mejor que pudo, y aunque la niña quedó débil por el dolor y la sangre que perdió, todavía es demasiado chica, demasiado chical. Así es que la traigo a sus pies, oh misericordiosa presencia, oh socorro nuestro!, con el consentimiento, que tanto nos costó, de la suegra, para que por cualquier medio, y pronto, ¡pronto!, nos quite la maldición de su pequeñez y la haga aceptable a su señor, que no la repudie, iracundo, y no la tengamos en las manos, desgraciada para toda la vida.



Por
CATALINA MAYO
ILUSTRACION DE
PARPAGNOLI

Juana la oyó bien, una vez más el cuento viejo de tantos siglos. Y contestó con bondad:

—Oh, madre, esto me entristece. Su marido de usted es conocido como hombre importante. Lo veo en asientos de honor en los dos leí un magnífico discurso suyo, sobre la perversidad que es casarse con niñas de poca edad, y cómo esa práctica degenera y destruye vuestra raza, y usted misma, por su propia experiencia y lo que aprendió en este mismo hospital, sabe la verdad que son esas palabras. Sin embargo, aquí está usted permitiendo que se consuma el matrimonio de su propia hija cuando su cuerpo está en la mitad de su crecimiento. Y además me pide que yo dé remate con una operación al horror que ya empezaron en su casa, de arruinar y destruir esta chica. ¿Y por qué? ¿Para salvar qué? ¿Para salvar a quién? ¿No pensamos ni una vez en la niña, en su hija? ¿No tenían en algún lado del alma un poco de piedad?

—Pero la Presencia no comprende — gimió la madre —, ¿no

es también por la niña? ¿Qué destino otorgan los dioses a una esposa repudiada? En cuanto a mi señor, es verdad que él habla como los sabios (señores, quiere decir aquí los británicos) del matrimonio de los niños antes de su pubertad, y no pierde ocasión pública de atestiguarlo. Pero en el propio caso de uno, es cierto también que hay que afrontar los hechos. Hay que obrar según las necesidades de la familia. Es nuestro destino, que el Karma. No podemos evadirnos. Así, ayúdanos, ¡oh misericordia!, ayúdanos pronto!

Lealmente la cirujana respondió con otra súplica a la súplica, y cuando, media hora más tarde, despidió a la pareja, estaba segura de haber despertado una conciencia y salvado una niña.

Luego, en el ímpetu del trabajo que desbordaba cada momento de ese día y del siguiente, ese episodio se fué perdiendo por los últimos planos de su mente.

En medio de la segunda noche, Juana se despertó bruscamente por algún ruido áspero. ¿Qué? ¿Qué? Tratando de revocar, se incorporó, con el corazón sin latir.

Juana saltó de la cama, se calzó y se echó encima un vestido de cualquier modo, y se lanzó a la calle, donde topó con Ruth, la cirujana ayudante, bolso en mano, y las dos se zambulleron en la multitud de hindúes, todos hombres, que de cada puerta y calleja se derramaba en esa calle.

—¡Alguien está herido! — Juana gritó —. Somos médicas sabihbes, venimos a ayudar. ¡Dejen paso! — y así, ordenando, rogando, empujando, las dos pudieron meterse hasta el centro, donde vieron en el suelo, por sobre espaldas de la gente, algo yacente y retorciéndose apenas, gimiendo en sus últimos esfuerzos.

—Lleven la niña al hospital — ordenó Juana, adelantándose a codazos. — Allí la cuidarán.

Pero, a esas palabras, se alzó un rumor dudoso, y luego, de un tirón, dos hombres cargaron a la chica, que aulló horriblemente, y la entraron de prisa en una casa.

Ya sin poder detenerse, las médicas siguieron los talones de los dos hombres y se metieron a un patio interior con ellos, antes que la gran puerta de calle pudiera cerrarse y allí se arrojaron ante el cuerpo de una niña, de diez años escasos, que los hombres pusieron en el suelo. "La nuca rota" — se dijeron las inglesas, después de un rápido examen. "No hay nada que hacer. Le damos una inyección. Pronto se habrá acabado".

Y así, mientras la piadosa droga obraba, esperaron el fin.

Entre tanto, reconociendo un amigo entre los hombres que se amontonaban en rededor:

—¿Qué sucedió? — Juana preguntó. — Usted explíquenos, Hari Babu. Esta es su casa. ¿Qué le ocurrió a esta niña?

—Parece que esta niña, señorita doctora, — contestó el hombre prontamente — es la nueva esposa de nuestro vecino el prestamista. Y esta noche la llevó por primera vez a su casa. Parece que no le pudo gustar. Parece también que sus afroditas los excitaron quizás demasiado. Pues tirarla por la ventana — su ventana en realidad de altura extrema — fué indiscreto.

—Indiscreto! — repitió secamente Ruth Knox. — ¿Por qué indiscreto?

—Porque con el ruido y alboroto que resultaron, la policía podía llegar a saberlo fácilmente.

—Pero por qué, en nombre del Cielo, la policía no debería saber una cosa como ésta? — llameó Ruth, ya incapaz de dominarse.

Un feo murmullo respondió, corriendo de boca en boca, hasta que Hari Babu lo contuvo.

—Paz, hermanos, ¡no sabéis que esta dama es nueva en la India? Es una amiga. No quiero hacer daño. Dadle tiempo de aprender. Señorita doctora, ahora hablaba con Ruth —, nosotros hindúes no permitimos a nadie conocer los secretos de nuestros harenes. Nuestras esposas son propiedad nuestra. Nadie puede informarse sobre ellas, ni amigo ni enemigo, y tampoco desafiar los derechos del marido. Entonces, ¿la policía habría de profanar nuestros sagrados harenes, alzando el velo? Oh, somos un pueblo paciente; pero el día en que esa vergüenza nos ataque, nuestro mundo y el nuestro se bañarán en sangre.

De la forma en el suelo salió un débil gemido, el último. Las médicas cubrieron la cara de la muerta, y tomaron el camino de irse.

Pero en la sombra del pasaje un grupo de mujeres las esperaba, cayendo a sus pies para tomar el polvo del suelo.

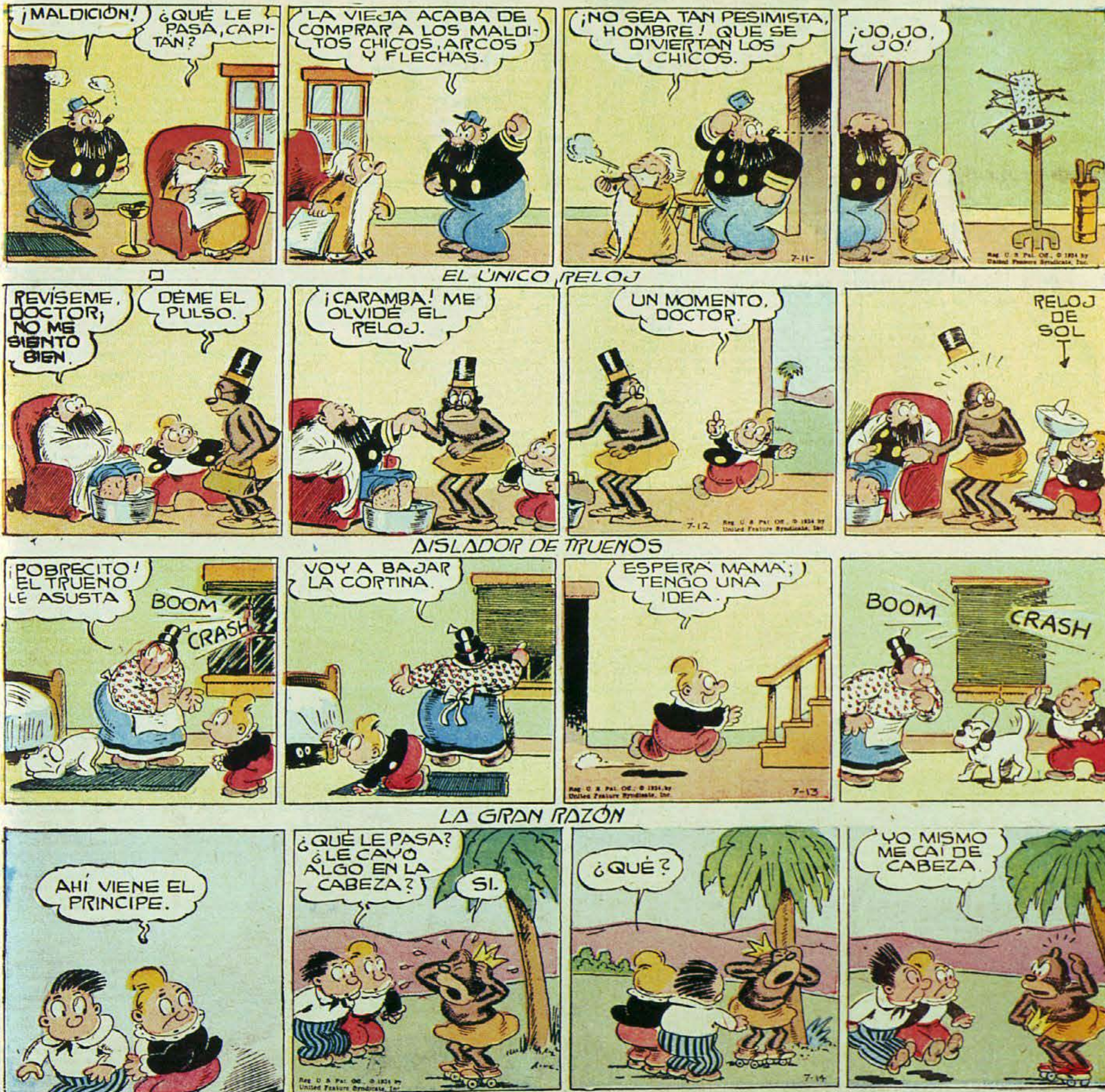
—¡Señoritas doctoras sabihbes, cómo os rogaremos! ¡En nombre de nuestro propto Dios, no aviséis a la policía! ¡No! Porque si la avisáis tan seguro como que mañana saldrá el sol, nunca más los hombres de este lugar os dejarán acercaros a nosotras sus mujeres. Nunca más podréis ayudarnos, por grandes que sean nuestros dolores. Ahora no nos dejéis sin esperanza, después de estos años de beneficios; no hagáis que nuestras puertas se os cierren. El prestamista estaba loco, oh, ¡loco! Todo el día había estado bebiendo las drogas nupciales, como hacen nuestros hombres, excitándose para la noche. Ahora su mujer está muerta, felizmente.

Habéis oído la palabra de los hombres de esta casa, y es la palabra de todo verdadero hombre hindú. Nunca permitirán la intervención en sus harenes, aunque se ensangrenten el mundo.

—Recuerdas lo que me preguntabas el otro día? — dijo Juana a Ruth, mientras volvían a subir con fatiga los peldaños del hospital. — "¿Por qué no gritamos de las azoteas?" y "¿Por qué no forzamos al gobierno que intervienga?" Bueno, después de la finalidad más larga, romper con todo y despertar la conciencia del mundo occidental, sacrificando este puñado de mujeres de nuestra calle a las mujeres de la India futura? Quizás deberíamos hacerlo. Confieso que no sé qué sería más justo. Tú y yo estamos demasiado cerca para enfocar bien la cuestión. Mañana, y mañana, y mañana, como ayer, y ayer, siempre lo mismo! En cuanto a mí, estoy demasiado cansada para pensar. Esto también es crónico, ahora. Todo lo que puedo hacer es seguir con la misma vieja rutina. Quizás Dios algún día despertará su mundo, para que oiga, y vea, y provea. Yo no puedo. Estoy demasiado cansada, y demasiado cerca.

Y fué Juana, siempre en la vieja rutina, la que me refirió esta historia.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



La Luz de una Estrella, POR

JOSE REMO SUFFRITI
ILUSTRACION DE PARRAGNOLI



las sierras... A marcha lenta pasó frente al otro, eran casi todos coches dormitorio; dos cabezas de mujeres, de revuelta cabellera, miraban el paisaje desde las ventanillas. Al llegar junto al coche en que iba Andrés, Chico Pérez el fundidor, mirando a las mujeres y extendiendo el brazo con un gesto significativo, comentó: ¡Ahí van las portañas, las tuberculosas para las sierras... ¡Yamí las caras, que se ve!... roben, quién les manda hacer vendas de calaveras! Si trabajaran como nosotros...!

Andrés, sentado frente a él, cabizbajo y triste, tuvo deseo de darle un par de bofetones, por esa falta absoluta de piedad; mas Chico Pérez, era un destacado vociferador de los mítin y asambleas, y tendría de su parte a todos.

Los comentarios de esa gente, le llenó el corazón de una profunda amargura; y un sentimiento de asco, lo hizo levantar del asiento. Solo afuera, sobre el estribo, se dio a pensar lo que sería su vida entre ellos. ¡Siempre haciendo el mismo trabajo, escuchando las mismas conversaciones! Y ahondando más el análisis, veía el fondo turbio, sombrío y ambicioso de esos pequeños capitalistas en potencia. Todos eran iguales; llenos de envidia, odiando sin saber porqué, defendiendo su puesto y los sueldos, con terrible egoísmo. ¡No; el no sería como ellos, no!

El tren detuvo su marcha en el cruce de la Avenida Salta; y un ruidoso tropel, llevándose por delante, haciendo burlas, exentas de gracia, descendieron la mayoría de ellos.

Los tranvías y ómnibus se llenaron de una masa compacta, uniforme, semejándose en el vestir, con el mismo gesto, la misma mirada insolente, provocativa y sobradadora...

El uno tiraba fuertemente de la campanilla, otro sacando una billetera enorme pedía un boleto y daba un papel de cincuenta pesos, para que se cobrara, aquí preguntaba a las mujeres, se chistaba a los que iban por la vereda; no dejaban tranquilo a nadie...

Andrés esa tarde rompió la costumbre; ¡Diez años, a la misma hora, en el mismo sitio, y el mismo tranvía! ¡No, ya era demasiado! — Y un extraño presentimiento, una inquietud nunca sentida hasta entonces, un deseo punzante de romper, huir, eliminarse; algo en fin, que trastocara esa absurda costumbre, esa aplastante existencia. Y a pie, solo, con su dolor a cuestas, encaminóse bordeando la vereda.

Las primeras luces del alborado brillaban en el aire, y aparecieron a sus resplandores los letreros de los negocios.

“Almacén de la Caldera” — decía en un letrero rojo, enorme, con una caldera de locomotora pintada de negro. “Tienda y Mueblería de los Ferrovianos” — en otro que abarcaba todo el ancho de la puerta. “L. Georgini. Constructor y Arquitecto. Se dan créditos y facilidades a los obreros del ferrocarril” — decía una placa esmaltada. “Carnicería El Triunfo del Obrero” — en uno de latón que ostentaba un trabajador empujando el martillo. “Relojería El Ajustador”, “Café La Locomotora”, “Peluquería de los Maquinistas”, y así de ambas veredas hasta el puente del Arroyito.

Huyendo de aquella atmósfera sofocante llegó por una calle transversal, hasta la bajada de Bianchi, a orillas del Paraná, a buscar aire, consuelo, para ahuyentar esa angustia... El querido y viejo río, donde tantos compañeros dieran con él las primeras zambullidas, corría para abajo, hacia el sud, hacia donde van los buques de ultramar... y allí, solo, frente al inmenso cauce, lloró de rabia, de angustia; lloró la tristeza y uniformidad de su vida destentada, estúpida, y entró a su casa, decidido y sereno.

La cena fue una continuación, de la misma cena, de todos los días, de toda su vida. Cinco bocas que engullían. Cinco cabezas inclinadas sobre el mantel, ausentes unas de otras; sin ningún pensamiento que las uniera, encerradas cada cual en su angustia, en sus ansias, en sus aspiraciones.

— ¡Qué poca sal tiene la sopa, cristo! — y el puñetazo brutal de Bautista Lolmi, los volvió a poner frente a frente.

— Papá, sea un poco más suave, para decir las cosas, así me tumba el plato — musitó tímidamente Elisa, la menor, una rubia que apenas llegaba a los quince, de frente amplia, abombada y mirada suave; e inclinando la cabeza, temerosa, por el ceño fruncido de Lolmi, continuó tomando la sopa.

Andrés, sonrío tristemente, y dijo para suavizar la tormenta: Ya saben que a él le gusta bastante salada la comida.

— Eh, que yo no me acordé de probarla Bautista — agregó doña Rosina —; y los ojos azules, ingenuos, dolorosos de la madre, erraban por todo el cuarto, sin atreverse a detenerse en un punto fijo.

— ¡Tendré que hacerme la comida! ¡Es lo único que me faltaba! ¡Después de golpear la maza todo el día!... ¡A ver si tengo que ponerme las polleras! ¡Cristo! ¡La gran...! — Y el nuevo puñetazo que descargó sobre la mesa causó un desastre.

— Pero papá, va a romper la mesa, qué modo de decir las cosas... — No puedo tener otro! Yo manejo fierro, martillo; no tengo manos de cera como usted señorita. ¡E basta!...

Y todo el rencor, el odio, la amargura de tantos años de trabajo; el fracaso de muchas aspiraciones y deseos insatisfechos, los volvió Bautista Lolmi, sobre su familia. Se puso de pie violentamente tumbó la silla, arrojó un plato al suelo, y encarándose con la madre de sus hijos, con la compañera de toda la vida, le gritó cólerico, enfurecido; ¡Otra vez que la sopa no esté bastante salada, la meto a usted de cabeza dentro de la olla!

Un silencio angustioso, poblado de amenazas, flotaba en el comedor. La cena quedó malograda. Doña Rosina, contentiendo las lágrimas que pugnan en sus ojos, recogió el plato, levantó la silla, y envolviendo a sus hijos con la bondad de su mirada, salió al patio.

Elisa y Marta, guardaban un silencio hosco, agresivo; sentían vergüenza, asco, dolor y una piedad insultante hacia Bautista Lolmi, su padre... Y Andrés, presintiendo el drama, no contestando a las provocaciones e indirectas, optó por abandonar la pieza.

En la cocina, abrazando a su madre, besándole los ojos le decía: ¡Mamá, mamá, yo no puedo soportar más, voy a perderme algún día, haciendo una barbaridad!

— ¡Por Dios bendito, Virgen Santa! ¡Por qué son todos así!

— Como vuelva a ofenderte, se me escapa la paciencia, y temo que se me vaya la mano, y temo madre! ¡Tengo miedo de volverme un...! Hasta luego viejita, no le conteste, déjelo que siga gritando. Voy hasta lo de Carmen...

almacén permanecía abierto. Ladró un perro, al paso de Andrés junto a la quinta. El escape de una locomotora, subiendo la cuesta del Alberdi, repercutió allí al Este, en las islas. Una pitisa estridente resonó en el río. Era un Tramps' carguero que corría para el Sud, y la voz de un tenor de almacén, se escuchó a lo lejos... Y Andrés, caminando con desgano, inquieto, pensaba: — Yo también me volveré así, llegaré a ofender a mi compañera, a mis hijos, a mis amigos, a mis camaradas del trabajo. Será el continuo manejar objetos rudos, pesados, que nos vuelve agresivos, bruscos; no será el continuo ver las mismas caras, el mismo paisaje, chato, pesado e incoloro de un taller de ferrocarril... Y las otras gentes, las que no son obreros ferroviarios, las que efectúan otras tareas en la vida, ¡serán lo mismo! Y pasaba revista en su memoria a todos los que más vociferaban contra los otros, los felices, los que viajan y sueñan: Chico Pérez, González el ajustador, Ferrari, López, Garaque, Bautista Lolmi, su padre. En una ocasión le oyó decir en una asamblea:

— ¡Compañeros! Esos burgueses, esos aristócratas, que nos roban nuestro sudor, nuestros esfuerzos, que no dejan la libre expansión de nuestros ideales... Hay que tumbiar compañeros, ese régimen nefasto, e implantar el Reino del Amor y la Fraternidad Universal... y era él, su padre, el que más se destacaba en la prédica, y evocó su niñez, su infancia, su vida toda, hasta esa noche.

¡Infancia y niñez llena de sol y cascoteos a los vigilantes; bañadas en el Paraná, incursiones

a las quintas de frutas, coladas en los tranvías. A los trece años, el primer pantalón largo, y el primer cheque brusco con la realidad fue la manana que entró en la sección calderería, de la mano de su padre, quien presentándolo al vasco Garaque, con estas palabras: “Che Vasco, aquí te traigo a mi hijo, quiero que sea calderero, y que vos hagas de él un buen oficial. Ahora empezará de aprendiz como todos, — y agregó luego — Ya sabes Vasco, en cuanto no te haga caso a vos o a los oficiales, metete un par de patadas, y me lo traea de una oreja hasta mi fragua, no le aflojes que éste es media rebelde” — y empezó la chata e incolora existencia del aprendiz calderero.

Mañanas del verano con rumor de pájaros, coladas en los tranvías, zambullidas en los arroyos, las guerrillas de los barrios rivales, todo lo que perfuma, adorna y matiza la niñez se truncó de golpe. Luego el desarrollo, la primera mujer en el “Paredón de la Avenida”, la hizo vislumbrar un mundo nuevo. Llegando a los diez y ocho, los balles en los pic-nics, las veladas en los centros sociales, los puso en contacto con la literatura revolucionaria y sociológica, y a los veinte años, era ya oficial calderero, y día a día se tornaba más chato, más uniforme, más pesada su vida. Siempre las mismas tareas; entraba una locomotora en reparación, por ejemplo, un tipo cien, las que corren los rápidos; caliente aún, llena del polvo de los caminos, con su mirriñaque que rompe la sombra, el viento, las nieblas, salpicado de

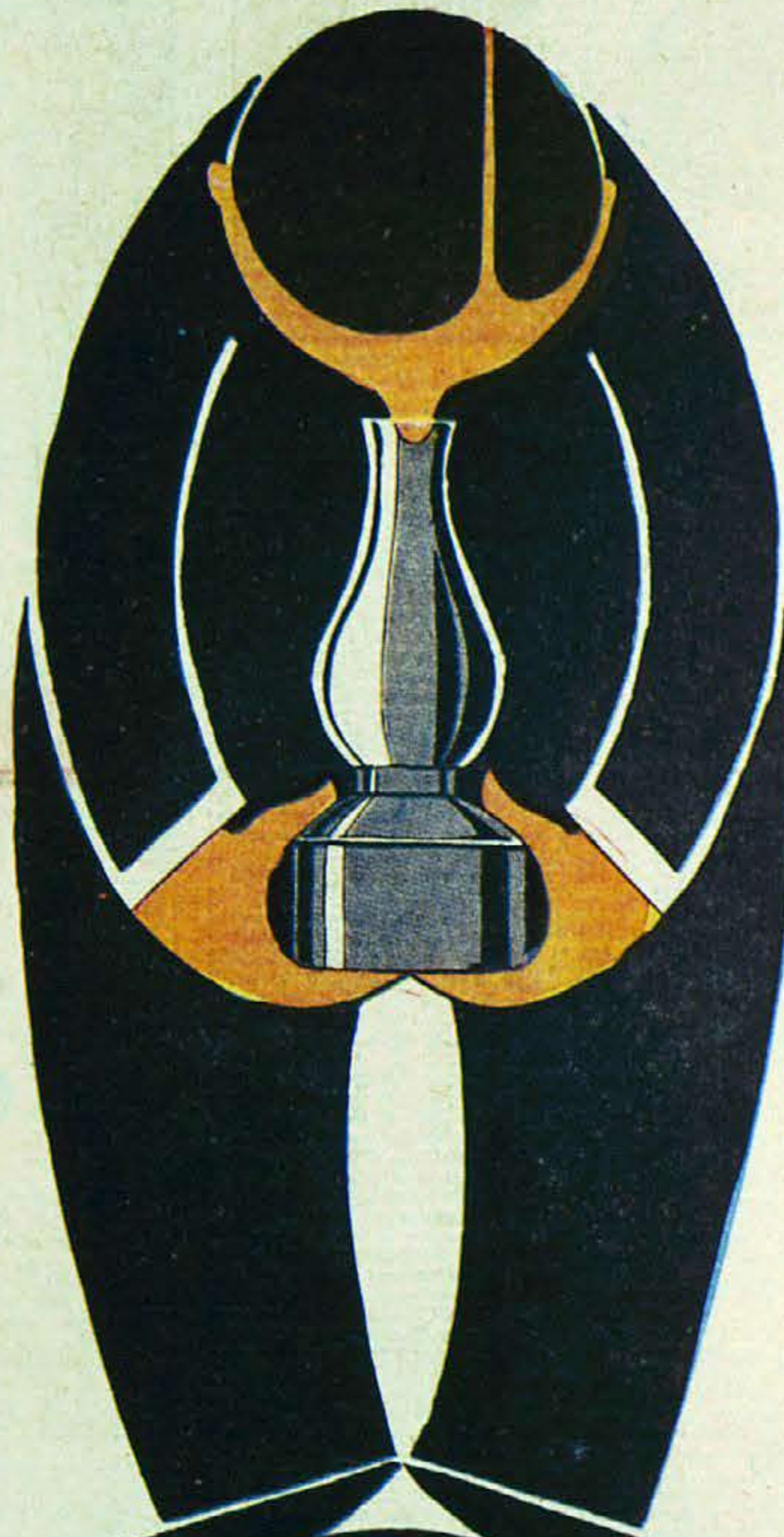
paño; con algunas margaritas silvestres entre los brazos y las bielas; llegaba a los talleres; afuera en el corredor, los ajustadores le apagaban los fuegos, le sacaban el forro de la caldera, la casilla, y la chimenea, y libre de su plataforma, entraba la caldera a la sección reparaciones, y como un bucy enorme, panza arriba, quedaba allí hasta que se le hicieran los arreglos.

Tiene la tubería que pierde, la placa de la caja de fuego rajada, los stays del lateral caldos, y algunos remaches del cuerpo cilíndrico flojos, —decía el informe del encargado, y comenzaba a distribuir las tareas.

— Vos Andrés, con el aprendiz a cortar los remaches; el medio oficial con un ayudante; a sacar los tubos; yo voy a agujerear la placa; y nada de haraganear; hay que meterle duro y parejo; tiene que estar lista muy pronto, y ya lo sabes ustedes, cuanto más trabajen, más ganan...

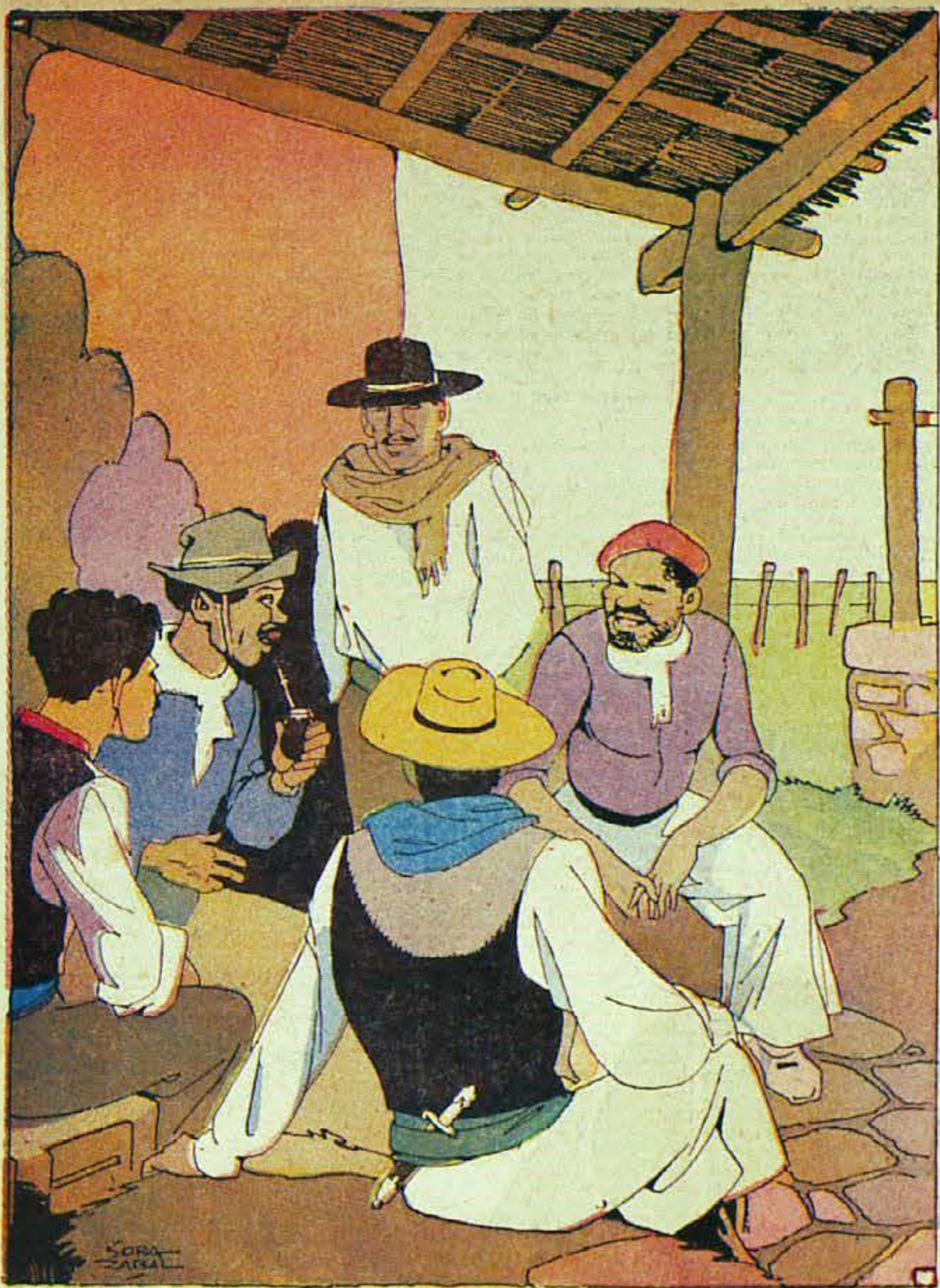
Y así todos los días, los meses, los años, toda la vida! No, no puedo. — Y Andrés se ausó de sus propias palabras dichas en voz alta. No puedo convertirme en eso, me haré vago, linyera, huiré lejos, donde nadie me concosa, no puedo convertirme en eso, si, en eso; tengo miedo de volverme también yo como ellos, si, como todos ellos; ¡Un tubo, una placa de cobre, un remache, un trozo insensible de fierro, estopa, carbón!...

Y clavando la mirada en una estrella enorme, brillante, que a mitad del horizonte, allá a lo lejos, hacia el Sud, sobre los eucaliptos del barrio Vila, le indicaba el camino de la salvación, pasó sin detenerse, por detrás de la casa de su novia...



SIN HUMO SIN OLORES
Y.P.F.
KEROSENE
100% ARGENTINO

TITO



El Tumbeador Losa

En sus andanzas de gaucho sin paradero fijo, al tranco de su zaino, sin ningún apuro, el negro Losa se llegaba a la Totorá calculando la puesta del sol, y con toda la picardía que la experiencia de esa vida le había enseñado, sabía que llegando a esa hora en ninguna estancia grande se le niega permiso a nadie — por lo menos no estando los patrones, o si el mayordomo no era algún inglés "retobón" y más serio que un "ministro"; además, esa era una estancia "buena", y muy conocida por cuanto tumbeador andaba por la zona. Aunque también el mayordomo ya tenía la orden de no dejar pasar a nadie, por lo general, estos hombres, conocedores de las necesidades de todo hombre "rolante", no dejaba de dar "licencia" por un día o una noche; por eso, "pa no comprometerlo al hombre", Losa y todos los de su condición, ya se encargaban de averiguar en el boliche si andaba "la mayoría". Así fue que el paisano después de apearse sin pedir permiso ni pasar adelante, empezó a desensillar con toda parsimonia, y cuando hubo terminado, tomó un balde con agua, lo derramó sobre el lomo del caballo, sacó su farinera, rasgó con el revés de la misma el agua sudorosa de los costillares, hasta que cambió por bien bañado lo soltó dándole unas palmadas por el anca mientras le decía: "Andá, por hoy tenés bastante, y mientras el zaino olfateaba la tierra buscando un lugar paraje y posturiento para revolcarse, el negro lo contemplaba con devota veneración, porque en realidad, al animal era guapo y manso, constituyendo para Losa, su amigo, su familia y su mundo; así, todas las cosas que para él tenían más importancia eran las que estuvieran relacionadas con su caballo, de modo que como aquel día — en el concepto del gaucho — habían cumplido ambos una jornada gloriosa, el negro ató el recado, lo echó al hombro, y componiéndose el pecho se dirigió hacia la cocina de los peones radiante de satisfacción, y con vivos deseos de comentar con alguien la brillante mañana cumplida con su compañero, especialmente con el mayordomo que sabía venir a tomar unos mates con la peonada antes de cenar, e informarse en esa forma de la labor cumplida por el personal, dando al mismo tiempo las órdenes para el otro día, aunque esa mas bien era cosa del capataz, que por estar en contacto directo con los peones hacía a su gusto la distribución del trabajo. Así fue que al llegar a la cocina dejó el recado en el suelo, para entrar inmediatamente dando su clásico: "Buenas noches señores", que le fue contestado con singular muestras de bienvenida por los otros paisanos que ya conocían al negro, sabiendo que tendrían oportunidad de pasarse algunos buenos ratos, porque Losa era de esos que "por donde los tocan se quiebran", no faltándole nunca cuentos o relatos que él se encargaba de darles proporciones extraordinarias.

POR Nemesio Chourroul
Ilustración de Sorazábal

de vaca amarradas con tientos y forradas con un cuerito de ternero; pasó a formar rueda con la peonada que comentaba su presencia con las más diversas "chuscadas", siendo para ingenua vanidad de Losa el más halagado regalo; pero él, afectándose "puede", rebotaba con esa singular habilidad, que es característica en el gaucho vago para congraciarse con las personas de los lugares donde para, no haciendo de esa forma cargos a su estado. En cuanto se ubicó, lo más cercano del fogón que pudo, lugar estratégico para "abarajarse" los mates de todos los ceadores, como también donde está más concentrada la atención de todos — no amargo mientras le decía en tono jocoso: toma, negro embustero, a lo que contestó en "el aire": Sí, desde que la bolie a su hermana, lo que fue celebrado por los circunstantes por una salva de risotadas iracundias que fueron calandeadas entre los más diversos dioses, que no por antiquísimos, trillados y rastriados dejan de tener su efecto entre el gaucho, porque son aplicados con admirable oportunidad, yendo por lo general tendiendo a dejar en ridículo al que según opinión general haya sido derivado en la "chuscada"; por eso, ahí nomás le largaron — cada uno por su lado — Tomá pa tu caído aji. Terminó nomás al negro — Ya lo vas arriar con las riendas — O te pensás que es de pararlo a mano?

Mientras tanto, como de costumbre "cayó" el mayordomo, el que fue saludado por un general: "Buenas noches, señor" con toda naturalidad, a excepción de Losa que amagando levantarse medio se solvió el sombrero, mientras decía: "Cómo está don Jaime?"

—Bien, y a vos, cómo te va?

—Qué vientos te traen por estos lados?

—Y, aquí andamos, señor...

A las vueltas, "como borrego alnau".

Esta bueno... Che decíme una cosa... Se puede saber por qué llegaste con el caballo sudado?

Esto era precisamente lo que esperaba el negro para largar su hazana, y con la más enfática aparatosisidad contestó:

—¡Habiera visto don Jaime!... Resulta que estaban de yerra gilli en La Verde, y al terminar les da por descornar a un toruno chúcaro, pero cuando lo traían cinchendo se le corta el trenzau a Castro, que era el enlazador, y ande va que al animal enfurecido le da por atropellar pa la del mujerie... ¡Mama mía, qué alboroto! Porque claro, como estaba la patrona con unas puebleras de colorau, al bestia le pareció sangre... ¡Quedó el tendal de mujeres! Y lo peor que después supe, no tenían ni agun florida pa los desmayos; Güeno, la cosa jué que yo que era de los que veníamos rumpiendo de

a caballo, no hice más que cruzar a dos verjas al mancarón, suerte que al llegar a las mujeres, me lo pude calzar al toruno puatras de la aspa con el encunerto del zaino y me lo saqué campo ajuera; pero no vaya a creer que se fue sin descornar porque yo le quebré las dos aspas a garrotazos.

Ya macaneaste, le dijeron algunos, pero no con mucha insistencia, porque así, también les quedaba a ellos la oportunidad de mandarse otros bolazos semejantes.

—Y qué milagro que no te quedaste a la pasteleada? — preguntó el mayordomo.

—No tenía ganas — contestó el negro.

Pero no faltó quien le dijera: —De lo que no tendrías ganas, sería de hacer algún trabajo que te estabas tomando el oír.

—No che, al trabajo nunca le he tenido miedo, y soy capaz de prenderme a lo que se dea guelta.

Pero, efectivamente era como el otro se palpitaba, porque con el movimiento de hacienda, quedaron deshechos los alambrados, y además, había la posibilidad de que al otro día le ofrecieran un trabajo de hacer un canal a pala.

De el relato de Losa, surgieron otros por el estilo, que en diversas ocasiones habían cumplido cada uno de los presentes; pero Losa, que nunca se quedaba corto, temiendo además la costumbre de atribuirse los casos ocurridos a otros u oídos en ruedas de fogón, se largó diciendo que: Una vez, viniendo de Tapalqué vide que estaban cerrando la segunda chúcarica en La Independencia, de un tal Juan Palenque.

Cuando ya me estaba alistando pa tirar unos volcaus, veo que medio se apelonata la potrada hasta que una baya cimarrona, saltando por encima de los otros jué a cair ajuera del corral. ¡Jue-pucha!, dijo el capataz, al que la enlace le pagó las copas. Y salió el paisanaje lonja y lonja. Yo que carculé pa andaba pegando guelta el animal: me corté solo pa salir a la cruzada, y así no más jué; en cuanto la vide rumbiar pa mi lau, al faldiar una lomita, le pegué la-tropellada, hasta que me le puse a tiro, pero en cuanto le ceñí el trenzau, junto con lo que pegaba el tirón, se me pierde el trompeta en una vicechera... ¡Rodada fiera, amigos! Válgale que sali parau, pero con la juria que traía, no le pude cuerpitar al lazo que estaba como cuerda e guitarra, pa pior me agarró pabajo el brazo, cuando me pude sujetar, la rosadura se había llevau ¡la blusa, la camisa y hasta las carnes, canaje!... Me quedaron hanejo las costillas!

Junto con la terminación del cuento estuvieron listos los asados y Losa, sabiendo que se había ganado el día, sacando su "faca" primero que todos, la chairó en el suelo con admirable destreza, la limpió en la bota al tiempo que pegaba el grito de: ¡Al asau, que hacen! y de un solo tajo de la parte más jugosa, se retiraba con el mejor pedazo, mientras decía, nombrando su bocado: ¡verija pa andar en fija!

Peloponoso y Jazmin

★ por Hamlim

EXTRA!
PELOPONOSO, EL VIEJO FOOZY Y EL REY GUZZLE PARTEN A RESCATAR A JAZMIN, PRISIONERO DEL REY "TUCO TUCO"

DECIME VIEJO, ¿ESA BRISA NO HUELE A JAZMIN?

¡ÁNIMO, MUCHACHOS!

NOS RECONOCERÁ JAZMIN?

HABLAS COMO SI TUVIERAMOS PROBABILIDADES DE ENCONTRARLO.

TENIA EL CORAZÓN MUY TIERNO Y RONCABA TAN POCO DE NOCHE CUANDO DORMIA.

BOM

EL GIGANTE QUE QUERME EN LA MONTANA SE HA DESPERTADO; VOLVAMOS A CASITA.

¿NO SE DAN CUENTA QUE ES UN TERRE MOTO? ¡IGNORANTES!

BOOM CRA-ASH

¿Y SI A JAZMIN LE HUBIERA PASADO ALGO?

¿CÓMO SE TRANSFORMA EL MUNDO! ME GUSTARÍA MIRAR ESTO DESDE ARRIBA DE UN AEROPLANO.

PROSIGAMOS LA CRUZADA EN BUSCA DEL MODO-SO Y ME-LANCÓLICO JAZMIN.

¿QUE VES DESDE ARRIBA? ¿VIENE MI HERMANO A LUCHAR CONTRA BARBA AZUL?

DEJAME, JAZMIN SE ALEGRARÁ SI ME DIVISA DESDE EL HORIZONTE.

ESTO DENTRO DE MILES DE AÑOS SE LLAMARÁ "LOOPING THE LOOP"

LE MANDAREMOS UN CABLE DE AUXILIO.

SE PORTA PEOR QUE UN OBRERO MUNICIPAL.

¡HUM! SI NO TRABAJA, ABDICARE.

CANTA ALGO; SI NO TE PONES TRISTE, HOMBRE.

¿NO TIENEN UNA SOMBRILLA PARA PONERME EN LA NARIZ?

APURATE QUE ATRAS ASOMAN LOS CUERNOS DE UN GUSANITO DE ROSAL

MANRIQUE NO TENIA RAZÓN; TODO TIEMPO FUTURO SERA MEJOR.

NO SE ATREVERÁ A VENIR POR LA CUERDA

YA PODEMOS IR TRANQUILOS, A ATACAR AL REY "TUCO TUCO" JAZMIN DEBE SER NUESTRO

